

BASILIO y GREGORIO

“¿Qué pláticas son ésas que mantenéis entre vosotros mientras andáis y estáis tristes?”

Sucede con frecuencia que personas de muy diferentes talentos y gustos se atraen mutuamente por esta misma disimilitud. Viven en intimidad un tiempo, quizás mucho tiempo, hasta que las circunstancias cambian, o algún súbito evento viene a ponerlos a prueba. Entonces las particularidades de sus respectivas mentes salen a la palestra, sobrevienen querellas, que terminan en frialdad o separación. No sería justo ni verdadero decir que esto está ejemplificado en el caso de los dos santos Apóstoles cuya “ruda contienda” se relata en el libro de los *Hechos* (XV, 35-39), pues ellos habían sido unidos en espíritu una vez por todas por un don divino; y con todo, su disputa nos recuerda lo que de continuo ocurre en la vida. Se parece tanto a los habituales conflictos que tienen lugar entre amigos, en cuanto proviene de las diferencias de temperamento y carácter de dichos privilegiados servidores de Dios. El corazón pleno de celo del Apóstol de los Gentiles no aguantaba la presencia de alguien que se apartase del camino trazado; el espíritu indulgente de Bernabé sintió que una primera falta no ha de ser una prueba decisiva. Tales son los dos caracteres principales que se hallan en la Iglesia –alta energía y suave temperamento–; lejos de ser incompatibles, por cierto, unidos en los Apóstoles, aunque en distintas relativas proporciones, pero solo parcialmente combinados en los cristianos comunes, y con frecuencia separados uno del otro.

Este contraste de caracteres, que lleva primero a la intimidad, y luego a los diferendos, se despliega de un modo interesante, si bien penoso, en un pasaje de la historia de Basilio y Gregorio: Gregorio, el afectuoso, el tierno de corazón, el hombre de prontos sentimientos, el cumplido y elocuente predicador-, y Basilio, el hombre de firme resolución y enérgicas realizaciones, el jefe de alto vuelo del rebaño de Cristo, el diligente trabajador en el campo de la política eclesiástica. En esto diferían, no sin tener mucho en común también: ambos poseían la bendición y a la vez la incomodidad de una mente sensible; ambos se consagraron a una vida ascética; ambos eran de gustos clásicos; ambos fueron eminentes campeones del Credo Católico; ambos estaban entrenados para argumentar y lo hacían con éxito; ambos ocuparon cargos de los más elevados en la Iglesia, uno Exarca de Cesarea, el otro, Patriarca de Constantinopla. Ahora intentaré esbozar la historia de su intimidad.

2

Tanto Basilio como Gregorio eran nativos de Capadocia, aunque aquí también, bajo diferentes circunstancias. Basilio había nacido en una buena familia, y de antecesores cristianos. Gregorio fue hijo del obispo de Nacianzo, quien había sido criado como idólatra, o más bien como hypsistariano, mezcla extraña de religiosidad, en parte judía, en parte pagana; convertido al cristianismo por los esfuerzos de su esposa Nonna, y

admitido en la iglesia de Nacianzo por el bautismo; posteriormente fue elegido obispo de esta ciudad pero al no tener una base firme en la fe, consiguieron que la traicionara adhiriendo en 360 al credo arminiano, que le trajo muchos problemas, pero del cual finalmente fue rescatado por su hijo. Como Cesarea no distaba mucho de Nacianzo, los dos amigos se conocieron en su propia patria; pero su intimidad comenzó en Atenas, a la cual llegaron cada uno por distintas sendas con propósitos de estudio. Esto era alrededor del 350 d.JC cuando tenían ambos 21 años. Gregorio llegó a la sede del saber un poco antes que Basilio, y así pudo hospedarlo y guiarlo a su arribo; pero la fama de los méritos de Basilio había cundido antes y se había propagado, según parece, en aquel sitio que, como en ningún otro, le resultaba difícil destacarse a un extranjero, y esto con una facilidad muy propia de él. Pronto se vio admirado y respetado por sus compañeros; pero Gregorio fue su único amigo, y compartía con él la reputación de sus talentos y honras. Permanecieron en Atenas durante cuatro o cinco años, y hacia fines de la estadía llegaron a conocer a Juliano, luego tristemente conocido en la historia como “el Apóstata”.

Posteriormente describió Gregorio su intimidad con Basilio en estos términos:

“Atenas y las letras se dieron cita en el escenario de mi vida:
otros podrán decir cómo las encontré,
cómo, en el temor de Dios, yo me hallaba más avanzado
entre quienes poseían una ciencia más que mortal,
y de qué modo, entre los azares y el ímpetu
de la alocada rivalidad juvenil,
corrió tranquila mi vida, como el manantial que bulle y se mantiene fresco
bajo una capa de aguas turbias, sin que logran desviarlos los artesanos del mal,
y acercando en cambio a mis allegados a una suerte mejor.
En Atenas recibí también de Dios un regalo aún más valioso:
hacerme amigo de alguien de alto vuelo sapiencial,
en conocimientos y en modo de vida sin rival.
¿Preguntas su nombre? Es Basilio, desde entonces
la mayor ganancia de mi vida –y por entonces
mi compañero muy querido de residencia, de estudios y de ardor por el saber.
¿Acaso no he de jactarme de haber formado con él,
y no sin cierto renombre en Grecia, el dúo más fiel?
Teniendo en común todo, éramos una sola alma
Alojada en doble marco corporal.
El pensamiento de Dios por encima de todo, era nuestro lazo especial,
Así como el ardiente deseo por la santidad.
El uno al otro se atrevía a confiar
al punto de poder volcar hasta lo más hondo del corazón;
y de este modo nos amábamos más, porque la simpatía
abogaba a nuestro favor y hacía de ambos uno solo.”

Los dos amigos se habían formado para ser retóricos, y sus poderes oratorios eran tales, que prometían todo el éxito para la mundana ambición. Sus nombres eran conocidos a lo lejos y a lo ancho, sus talentos eran admitidos hasta por los enemigos, y ellos personalmente eran muy populares en el círculo de sus allegados. Es en estas circunstancias que tomaron la extraordinaria resolución de retirarse del mundo juntos – extraordinaria la llama el mundo, totalmente perplejo al constatar que haya personas sanas que conciben y estimen objetivos mejores que sus propios dones y favores-. Ellos

resolvieron pedir el bautismo a la Iglesia y dedicar sus talentos al servicio de Aquel que se los había dado. Con temperamentos muy distintos –el uno, grave, el otro vivaz; uno proclive a deprimirse, el otro sanguíneo; el uno con graves pensamientos, el otro con pensamientos agudos y cálidos-, llegaron de mutuo acuerdo a la conclusión de que las cosas visibles no pueden compararse con las cosas invisibles. Se retiraron del mundo por más que el mundo los apremiaba a quedarse.

Lo que ocurrió cuando estaban a punto de dejar Atenas representa, como en figura, la manera con que cada uno se despidió del mundo y ellos entre sí. Al llegar el día de los adioses, sus compañeros y colegas, y hasta algunos profesores, fueron a buscarlos para oponerse a su partida mediante súplicas, argumentos y aún violencias. Esta ocasión mostró también sus respectivas disposiciones, pues el firme Basilio perseveró y se marchó, mientras Gregorio, de corazón tierno, se dejó influir y se quedó por un tiempo más. Basilio, de hecho, a pesar de la reputación que lo esperaba, ya desde el principio se había desilusionado de la literatura y de la filosofía, y parece haber dejado el mundo a partir de la simple convicción de su vacío. Dice Gregorio al respecto:

“Él, cuando al modo humano se desconcertó, pues una cosa que esperábamos fuera mayor resultó ser menor de lo que se decía, comenzó a entristecerse, y se puso impaciente, al punto de no poder ya permanecer en su lugar de residencia. Habiendo avistado un objeto con esperanza, llamó a Atenas una “felicidad vacua”.”

Gregorio, por el contrario, miraba las cosas con más optimismo, como lo muestran estas siguientes observaciones:

“En esto estaba Basilio; pero yo conseguí quitarle gran parte de su aflicción enfrentándola con argumentos, suavizándola con reflexiones y haciéndole notar (lo que es muy verdadero) que no se llega a comprender el carácter enseguida, sino sólo con el tiempo y con honda intimidad; y que tampoco están en condiciones de estimar los estudios los principiantes que recién empiezan, poco probados y en contacto superficial con los mismos. De este modo lo consolaba, y mediante continuos esfuerzos mutuos, me ligaba con más fuerza a mi amigo.” (Orat.43)

3

Pero Gregorio tenía sus propias razones para dejar el mundo, más allá de lo que compartía con Basilio. Su madre lo había consagrado a Dios, antes y después de su nacimiento, y cuando era niño él había tenido un sueño notable, que le impresionó mucho.

“Habiéndome dormido” –dice en uno de sus poemas que trasladado a prosa sigue así- “me vino un sueño que me indujo rápidamente a desear la castidad. Dos formas virginales, de blanco, brillaban junto a mí. Ambas eran bellas y de la misma edad, y su ornato residía en la ausencia de aquellos que habitualmente forman parte de la belleza femenina. Nada de oro ni de jacinto por adorno en el cuello, ni seda delicada por vestido. Sus hermosas vestes estaban sujetas por un cordón y les llegaban hasta los tobillos. Sus cabezas y rostros se ocultaban tras un velo y sus ojos miraban al suelo. Mas hasta donde podía uno observar bajo sus espesos velos, lucía en ambas el bello resplandor de la modestia. Sus labios permanecían cerrados en silencio, como una rosa bajo sus hojas cubiertas de rocío. Al verlas me regocijé mucho, pues me dije que eran

más que mortales. Y ellas por su parte no cesaban de besarme, y yo en tanto recibía luz de sus labios mientras me mimaban como a un hermano querido. Y cuando les pregunté quiénes eran y de dónde venían, una me contestó: “Pureza”, y la otra: “Sobriedad”; “Estamos junto a Cristo, el Rey, y nos deleitamos con la belleza de las celestiales vírgenes. Ven pues, hijo, une tu mente a nuestra mente, tu luz a la nuestra; así te arrebatemos con todo esplendor por el aire hasta colocarte bajo los rayos de la de la inmortal Trinidad’.” (*Carm.* P.930)

Gregorio continúa diciendo que nunca perdió la impresión que esto le hizo: como “una chispa de fuego divino” o como un “gusto a leche y miel divinas”.

Según esta descripción, podemos conjeturar que Gregorio abandonó el mundo a partir de una temprana pasión (si es que la podemos llamar así) por una pureza mayor que su propia naturaleza; y que Basilio lo hizo al percibir la nada del mundo y su corrupción. Ambos parecen haber considerado al mundo como una especie de ejercicio penitencial y a la vez un medio para alcanzar la perfección.

Una vez que resolvieron consagrarse al servicio de la religión, se preguntaban sobre cuál sería el mejor modo de mejorar y emplear los talentos que les fueran confiados. Nunca se les pasó por la cabeza la idea de casarse y ordenarse, ni de construir o hermohear parroquias, ni de dedicarse a obras caritativas o buenos oficios, ni de ocuparse de una familia. Ellos creyeron que debían renunciar a tener mujer, hijos, propiedades, en vistas a ser perfectos; y, convencidos de ello, pensaron que su elección estaba entre dos modos de vida, considerados como extremos. Por esto permanecieron un tiempo perplejos. Gregorio habla de dos disciplinas ascéticas, la del solitario o eremita, y la del secular; dice que la primera es provechosa para uno mismo y la otra para el prójimo: En el medio, empero, está la disciplina del cenobita, comúnmente llamada monástica: retirada del mundo pero actuando en un círculo selecto. Tal fue la regla que al fin decidieron adoptar los dos amigos, alejándose de en medio de la sociedad para servirla con mayor utilidad.

He aquí el pasaje en que Gregorio describe la vida escogida por los dos amigos de común acuerdo:

“Violento era el torbellino en mi mente agitada por la tormenta,
buscando, entre sendas santas, una senda más santa aún.
Mucho tiempo había luchado por ahogar pensamientos carnales,
Y ahora lo hice con más energía todavía.
Mas, cuando contemplaba metas más divinas,
No acertaba a discernir cuál era la mejor,
Pues, como siempre en las cosas terrenas,
Cada una poseía su lado malo, y cada una su nobleza.
Yo era el peregrino de un arduo viaje,
Que había superado las olas, y heme aquí ahora mirando entorno,
Con ojos ansiosos, para distinguir mi camino en la tierra.
Entonces surgió la impresionante imagen del Tesbita¹
Su elevado Carmelo, y su extraño alimento;
La imagen del Bautista, rico en su soledad;
Y la de los despojados hijos de Jonadab,
Mas pronto sentí el amor por los Santos Libros,

¹ Elías

Brillando mi espíritu con este sabio conocimiento
Que el desierto no puede escuchar, ni el silencio enseñar.
Largo fue mi combate interior, hasta que acabó así:
Vi que cuando los hombres viven en el mundo agitado
Pueden ayudar a otros, pero a la vez arriesgan
La calma y la pureza de sus corazones.
Quienes se retiran alcanzan un puerto más apto
Para elevar sus ojos con serena energía al Cielo,
Pero les sirve a ellos, sin fraternizar.
Y así, entre esto y aquello, tracé mi ruta
En vistas a meditar con los libres solitarios
Y viviendo a la vez como seglar y sirviendo a la humanidad.

4

Después de partir de Atenas, Basilio no tardó mucho en poner en práctica su resolución, y habiendo fijado su lugar de retiro en el Ponto ², le escribió a Gregorio recordándole su promesa. Como Gregorio vacilara, volvió a escribirle para quejarse. Gregorio le contestó así:

“No cumplí con mi palabra, lo reconozco, habiendo asegurado siempre desde Atenas cuando anudamos nuestra amistad y unión de corazones, que sería tu compañero, entregado a una vida estricta contigo. No obstante, estoy actuando contra mi deseo, por un deber que anula otro deber: el deber de respeto filial, al deber de amistad.... Con todo, podría aún cumplir mi promesa hasta una cierta medida, si es que aceptas esto: iré a tu encuentro por un tiempo si, a tu vez me acompañas tú aquí. De este modo cumpliríamos un mutuo servicio de amistad y pondríamos todo en común. Y asimismo evitaría contristar a mis padres, sin perderte.” (*Ep.1*)

Si recordamos lo mencionado anteriormente sobre el padre de Gregorio, comprenderemos que realmente había urgentes razones para que su hijo no lo dejara, cuando llegó el momento, y que al optar tuviese en cuenta sobre todo los lazos que lo ligaban a su padre y a su madre, ambos de edad avanzada. Pero Basilio se decepcionó, y en lugar de retirarse en el Ponto, consagró un año a visitar las instituciones monásticas de Siria y Egipto. A la vuelta volvió a pensar en Gregorio, y trató de superar el obstáculo instalándose en un distrito llamado Tiberina, cerca de la casa de Gregorio. Mas habiendo constatado que el lugar era frío y húmedo, desechó la idea. En una ocasión, mientras vivía en Cesarea, donde estuvo un tiempo enseñando retórica, Gregorio le escribió esta carta familiar, como un campesino a un hombre de ciudad, no sin ironía sobre las peculiaridades de Basilio:

“¡No me echarás la culpa a mí por el hielo y el mal tiempo en Tiberina, tú, el de zapatos lustrados, que caminas en punta de pie, a saltitos! ¡Hombre emplumado y volátil, montado en la flecha de Abaris, te evades de Capadocia aunque eres de Capadocia! Es una injuria que ustedes, gente de ciudad pálida, no puedan respirar a pleno pulmón ni ver el sol más que de a ratitos, mientras nosotros estamos gordos, saludables y henchidos! ¡Qué le vamos a hacer!: así son ustedes, unos caballeros, ricos,

² en Asia Menor (nota de la traductora)

hombres de mundo, y esto yo no puedo aprobarlo. Por lo tanto, no digas una palabra más contra nuestro barro —como tú no hiciste la ciudad, tampoco yo hice el invierno—. Si vuelves a hablar, yo podría contraponer a nuestros defectos los del comercio y todo lo malo que hay en la ciudad.” (*Ep.* 2)

En el interín Basilio había elegido para su retiro un sitio cercano a Neocesarea, en el Ponto, al lado del pueblo donde se hallaba la propiedad de su padre, donde él mismo, de pequeño, había sido educado por su abuela Macrina, y al cual su madre y su hermana habían venido a retirarse tras la muerte de su padre. Entre los dos lugares corría el río Iris. A una milla de su monasterio estaba la Iglesia de los Cuarenta Mártires, en la cual habían sido sepultados sucesivamente el padre, la madre y la hermana. Dichos mártires fueron víctimas de la persecución de Licinius en Sebaste. Emmelia, la madre de Basilio, había recogido sus reliquias, y él propio Basilio, al igual que su hermano Gregorio de Nissa, habían dedicado homilías a celebrarlos. Fue allí, entonces, donde Basilio residió en sagrado retiro durante unos cinco o seis años. Al establecerse le escribió a Gregorio:

“Mi hermano Gregorio me escribe que hace rato desea estar conmigo, y agrega que tú también lo deseas; sin embargo, no puedo esperar, en parte porque me cuesta creerlo, a raíz de haberme decepcionado tan seguido, y en parte porque me hallo tironeado por muchos trabajos. Tengo que partir inmediatamente para el Ponto, donde, quizás, si Dios quiere, pondré fin a mis andanzas. Tras renunciar, muy turbado, a las inútiles esperanzas que tuve alguna vez, o mejor dicho, a mis sueños (porque es cierto que las esperanzas no son sino sueños estando despierto), me trasladé al Ponto en busca de habitación. Allí Dios me ha ofrecido un sitio que responde exactamente a mi gusto, así que ahora contemplo con mis ojos lo que con frecuencia había soñado en mi fantasía.

Hay una montaña elevada, cubierta de espesos bosques, regada hacia el norte con arroyos frescos y transparentes. Una llanura yace abajo, fertilizada por las aguas que continuamente se deslizan hasta allí, bordeada por una espontánea profusión de árboles tan gruesos como para defenderla; de modo que supera a la Isla de Calypso, a la que Homero parece haber considerado el sitio más bello de la tierra. De hecho, es como una isla, rodeada como está por todos lados por hondos abismos que la separan en dos direcciones; el río, que baja desde un precipicio, corre rodeándola por todo un lado, y es infranqueable como un muro; mientras la montaña que se extiende arriba y se junta a los abismos en una creciente, corta el sendero en su raíz. No hay más que un paso, cuyo dueño soy yo. Detrás de mi vivienda hay otra garganta que se eleva hacia una prominencia en la cima, como quien manda toda la extensión de la llanura y la corriente que lo abraza, lo cual no es menos bello a mi gusto que el Strymon, visto desde Amphipolis. Pues mientras este último fluye pausadamente y apenas se hincha como un lago, demasiado calmo para ser un río, el primero es la corriente más rápida que conozco, y a veces también con torbellinos, a causa de la roca que le amenaza encima. Por lo cual, al descargarse abajo con violencia en una piqueta honda, forma el escenario más agradable para mí o para cualquier otro, y cuyas profundidades constituyen para la gente de la región, un manantial inagotable de peces. ¿Será necesario describir las exhalaciones de la tierra o las brisas desde el río? Que otros admiren la multitud de flores y pájaros cantores; pues yo no tengo yo tiempo para tales pensamientos. Empero, el mayor elogio del lugar es que, estando preparado para dar productos de todo tipo, nutre lo que para mí es el producto más suave de todos, la quietud: de veras, no sólo está exento del ruido de la ciudad, sino tampoco es frecuentada por viajeros, a no ser algún raro cazador. Abunda en presas de caza, tanto como en otras cosas, pero me alegra afirmarlo, no en osos ni en lobos, como los que

ustedes tienen, sino en ciervos y cabras salvajes, liebres y otras bestezuelas semejantes. ¿No te impresiona pensar qué insensato error estuve cerca de cometer al cambiar este sitio por tu Tiberina, auténtico foso de toda la tierra? Perdóname, entonces, el haberme establecido acá ahora, pues ni el mismo Alcmeón, supongo, hubiera soportado seguir adelante vagando desde el momento en que encontró las Equínades.³” (*Ep.* 14)

Gregorio contestó esta carta con otra, que nos ha llegado, en que se burla punto por punto del cuadro sobre la soledad del Ponto, pintado por Basilio para atraerlo, y lo hace quizás por disgusto, quizás por el estado de ánimo de quien a propósito rebaja lo que, de haberlo admitido, hubiese resultado una gran tentación para él. Termina así:

“Esto es quizás más largo que una carta, pero más corto que una comedia. En cuanto a ti, será bueno que tomes a bien esta reprimenda; si no, seguiré retándote.” (*Ep.* 7)

5

Basilio se lo tomó a bien; pero ello no lo salvó de la amenaza contenida en la conclusión; pues Gregorio, después de haberlo hecho una visita, siguió con el mismo tono burlón en una epístola posterior.

Gregorio a Basilio

“Puesto que has tomado a bien mi reprimenda, te daré ahora otra, y para arrancar con Homero,

‘Sigamos y cantemos tu adorno interior’⁴

es decir, la vivienda sin techo y sin puerta, el hogar sin fuego y sin humo, las paredes al menos suficientemente enduidas como para que la suciedad no se deslizara hasta nosotros mientras sufríamos el suplicio de Tántalo, la sed en medio de la humedad; aquel triste y magro banquete, para el cual me llamaste desde Capadocia, no como si se tratara de la frugal comida de los Lotófagos sino de la mesa de Alción, tendida para un mísero escapado del naufragio⁵. Recuerdo el pan y el caldo (como los llamaban) y seguiré recordándolos: cómo mis dientes se hincaban en tus cortezas y luego se apartaban con náuseas de esa pasta. Realmente tú podrías describir esto en un estilo trágico, adoptando ese sublime tono para tus sufrimientos. Yo, si no fuera por tu bondadosa madre que vino a rescatarme rápidamente, y en momentos de necesidad fue para mí como un puerto para el navegante en la tormenta, ya hace rato que hubiera muerto, habiendo obtenido poco honor, y más bien compasión, de la hospitalidad pónica. ¿Y cómo omitir aquellos huertos que no parecen huertos, desprovistos de legumbres? ¿Cómo olvidar la provisión de Augias que licuábamos para regarlos; o todo el tiempo que nos llevaba arar la colina, yo como viñatero, y tú delicado, con tu cuello y tus manos que todavía tienen las marcas del trabajo! ¡Oh tierra y sol, aire y virtud! Voy

³ Las Equínades son islas que están en el Adriático, y el mito cuenta que allí se refugió Alcmeón. (nota de la traductora)

⁴ Gregorio adapta el pasaje de la *Odisea*, VIII (nota de la traductora)

⁵ Gregorio continúa con sus citas y comparaciones clásicas. El suplicio de Tántalo consiste en tener el agua y la comida al alcance de la mano y no poder beberla ni comerla. Los lotófagos (comedores de flor de loto) y el banquete de Alción, rey de los Feacios, a Ulises, relatados en la *Odisea*. (nota de la traductora)

a declamar un poco, no para someter al Helesponto, sino para nivelar la pendiente. Si esta descripción no te incomoda, a mí tampoco; pero si a ti te incomoda, mucho más me incomodó a mí la realidad. Sin embargo, paso por alto la mayor parte de nuestras penurias a causa del tierno recuerdo que guardo de aquellas otras cosas que compartí contigo. (*Ep.5*)

Esta descripción no es por cierto un cuadro de comodidad; y contrasta curiosamente con la visión romántica de Basilio sobre las mismas cosas. Pero por la carta siguiente podemos conjeturar que éstas lo superaron a Gregorio; y como Basilio se sintió herido, le escribió:

“Lo que te escribí antes sobre tu vivienda en el Ponto fue en broma, no en serio; pero ahora te escribo muy en serio. ‘¿Quién me diera volver a esos meses pasados, cuando tuve el lujo de arduos sufrimientos junto a ti? –ya que una pena voluntaria vale más que una comodidad involuntaria-. ¿Quién me diera poder volver a aquellas salmodias y vigiliias, y a esos ímpetus hacia Dios en la plegaria, y aquella vida, por así decir, casi inmaterial e incorpórea? ¿o aquella unión entre hermanos, de naturaleza y de alma, por la cual tú los divinizas y los conduces a las alturas? ⁶ ¿o aquel emularse en virtud y aquel elevarse el corazón, que hemos consignado por escrito en decretos y cánones? ¿o aquel amoroso estudio de los divinos oráculos, y las luces que en ellos encontramos, guiados por el Espíritu Santo? ¿O bien, para referirnos a cosas menores e inferiores, a las labores cotidianas, como recoger leña y partir piedras, plantar y drenar las acequias? O a aquel plátano dorado, más digno de honor que el de Jerjes, bajo el cual se me concedió sentarme, no como rey afeminado, sino como un monje fatigado, -por mí plantado, regado por Apolo (es decir, tu honorable persona, acrecentada por Dios, para mi honor), a fin de que guardes un memorial de mi amoroso trabajo, a semejanza de la vara de Aarón que (según la Escritura en que creemos) floreció y fue conservada en el Arca. Es muy fácil aspirar a estas cosas, pero no fácil ganarlas. Así y todo, por favor, ven a verme para revivir mi virtud y trabajar conmigo; y si algún beneficio logramos juntos entonces, presérvamelo mediante tus oraciones, no sea que se amustie poco a poco, como una sombra cuando el sol declina. Porque tú eres mi respiración, más que el aire, y solamente vivo en la medida en que tú me acompañas, ya presente, ya ausente, por tu imagen.” (*Ep.6*)

Por esta carta colegimos que Basilio se repuso de la partida de Gregorio al formar en torno suyo una hermandad; en lo cual tuvo tal éxito que se lo considera el fundador de la disciplina monástica cenobítica en el Ponto ⁷. A tal disciplina le dio sanción la Iglesia, tanto más cuanto el poder temporal la promovía y por tanto había más necesidad de incrementar el ascetismo, y al aumentar quienes lo profesaban, se volvió indispensable poner orden y método entre los mismos. La carta que sigue, escrita por Basilio en la época de las cartas antecitadas de Gregorio, nos permite penetrar bastante en la naturaleza de su regla y en los motivos y sentimientos que lo influyeron. Por ser muy larga damos algunos extractos de la misma.

Basilio a Gregorio

⁶ Cabe recordar que esta vida monástica era calificada entonces como “vida angélica” (nota de la traductora)

⁷ “cenobítica”, de *Xenós Bíos*, significa: vida comunitaria. (nota de la traductora)

“Tu carta me trajo tu presencia, como quien reconoce a un amigo en su hijo. Es muy tuyo decirme que es poca cosa describir el lugar, sin mencionar mis hábitos y métodos de vida, para hacerme desear venir a acompañarme; esto es digno de un alma que estima en nada todas las cosas de la tierra, en comparación con aquella beatitud que las promesas nos reservan. Sin embargo, me da vergüenza contare cómo paso noche y día en este rincón solitario. Aunque haya abandonado las ciudades frecuentadas por ser fuentes de males innumerables, todavía no he aprendido a abandonarme a mí mismo. Estoy como quien, por el mareo, se enoja por el tamaño del navío que se balancea demasiado y se pasa a un botecito, y sigue mareado pues lleva consigo la causa que es su estómago delicado. De allí que no haya sacado gran provecho de este retiro. No obstante, lo que expondré es el proyecto de lo que me propongo hacer, en vistas a seguir los pasos de Aquel que es nuestro guía para la salvación y que ha dicho: ‘Si alguien quiere venir en pos de Mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y me siga’.

Debemos esforzarnos por aquietar nuestra mente. Así como el ojo no puede distinguir con precisión un objeto que tiene delante a menos que lo mire con fijeza, así tampoco puede la mente, distraída por mil cuidados mundanos, estar en condiciones de aprehender la verdad. Al que todavía no se ha sometido al yugo matrimonial, lo acosan mil deseos frenéticos, impulsos rebeldes y desesperantes tormentos; al que se ha casado lo requieren sus propias múltiples zozobras: si no tiene hijos, el deseo de tenerlos; si tiene hijos, afán por su educación; atención a su esposa, ocuparse de su casa, supervisar los sirvientes, desgracias de fortuna, discusiones con los vecinos, litigios, riesgos en los negocios, o trabajos de campo. Cada día trae algo que va oscureciendo el alma; y cada noche prolonga las ansiedades diurnas engañando la mente con ilusiones. Ahora bien, una manera de escapar de todo ello es separarse del mundo; no separarse físicamente, sino cortar la simpatía del alma por el cuerpo, y así vivir sin ciudad, casa, riquezas, sociedad, posesiones, medios de vida, negocios, compromisos, saber humano, para que el corazón pueda recibir rápidamente cada impresión de la enseñanza divina. La preparación del corazón estriba en desaprender lo que hay de perjudicial en el trato con lo malo. Es limpiar la tableta de cera antes de tratar de escribir en ella. Ahora bien, la soledad es muy conveniente para este propósito, en cuanto calma nuestras pasiones y brinda a la razón la oportunidad de arrancarlas del alma.

Tal es el sentido y el ímpetu de los monasterios y de la vida monástica, servir a Dios sin distracciones:

“Los ejercicios piadosos nutren el alma con pensamientos divinos. ¿Qué estado podría ser más bendito que imitar en la tierra a los coros de Ángeles? – comenzar el día con oraciones, y honrar a nuestro Hacedor con himnos y cantos? –a lo largo de la jornada entregarnos a nuestras tareas acompañándolas con la oración, y sazonar nuestro trabajo con himnos, como si fueran sal? Los himnos consoladores componen el ánimo y lo inducen a un estado grato y sereno. La quietud, pues, como dije, es el primer escalón en nuestra santificación. La lengua purificada de las charlas del mundo; los ojos desprendidos de los bellos colores y de las formas atrayentes; sin que el oído relaje el tono de la mente con canciones voluptuosas ni con lo que es peor, con la charla de hombres frívolos y bufones. Así la mente, libre de la disipación proveniente de afuera y sin que los sentidos la arrastren hacia el mundo, desciende a su interior y desde allí asciende a la contemplación de Dios.

El estudio de la Escritura inspirada es el medio primordial de descubrir nuestro deber; pues allí encontramos a la vez instrucciones de conducta y las vidas de benditos hombres, vivientes imágenes de vida divina, que nos mueven a imitar sus buenas obras.

De ahí que cada uno de nosotros, sea cual sea su defecto, dedicándose a tal imitación, pueda encontrar allí, como en un dispensario, el remedio adecuado para curarse. A quien le atraiga la castidad deténgase en la historia de José y aprenda de él a obrar castamente, descubriendo que no sólo era capaz de ser dueño de los asaltos del placer, sino también virtuoso por hábito. Podrá aprender de Job la fortaleza. O si pregunta cómo ser a la vez suave y enérgico, enérgico contra el pecado y suave con los hombres, hallará a David, noble en sus empresas guerreras, capaz de apiadarse al tomar venganza de los enemigos. También fue así Moisés, capaz de increpar a los que pecaron contra Dios pero soportando con mansedumbre a quienes hablaron mal contra él.”

Querría hacer del monje un auténtico caballero, pues continúa:

“También, un punto principal a tener en cuenta es: saber cómo conversar; interrogar sin insistir demasiado; contestar sin deseo de ostentación; no interrumpir al que está hablando bien, no ambicionar meter palabras propias; ser medido en hablar y escuchar; no avergonzarse de recibir, ni dar una información de mala gana, no ocultar lo que uno ha aprendido de otros, como hacen ciertas mujerzuelas con sus hijos, sino referirlas honradamente a su verdadero padre. El tono medio de voz es el mejor, ni bajo e inaudible, ni alto y tonante. Hay que reflexionar primero lo que uno va a decir, y recién después pronunciarlo; ser cortés al dirigirse a otro, ser amable en las relaciones, no buscar agradar con sutilezas, sino cultivar la gentileza al dar consejos. Siempre descartar la rudeza, aun cuando se trate de censurar.” (*Ep.2*)

Estas últimas observaciones resultan notables, si se tienen en cuenta lo que ya nos había dicho Gregorio sobre el modo de ser de Basilio. En otra epístola, de carácter apologético, éste habla sobre los ejercicios de devoción en su monasterio:

“Nuestra gente se levanta cuando todavía es de noche, para dirigirse a la casa de oración. Después de haber hecho su confesión a Dios, con aflicción, abatimiento y continuas lágrimas, se ponen de pie para cantar los salmos. Divididos en dos, se responden mutuamente, profundizando de este modo su estudio de los santos oráculos y asegurando al mismo tiempo su atención de corazón sin divagar. Luego, uno dirige el canto y los demás lo siguen; así, salmodiando con variedad pasan la noche, intercalando oraciones. Cuando despunta el día, todos juntos, como una sola boca y solo corazón, elevan a Dios el salmo de confesión, haciendo suyas cada uno las palabras de arrepentimiento.” (*Ep. 207*)

Así fue la vida de Basilio hasta ser llamado al sacerdocio, que lo llevó a dejar su retiro de Cesarea: de noche, oración; de día, trabajo manual, estudio teológico, y atención a los pobres.

6

El siguiente intercambio cordial entre Basilio y Gregorio fue en ocasión del diferendo entre Basilio y su obispo, Eusebio; cuando, según relatamos antes, Gregorio intervino con éxito para reconciliarlos. Y posteriormente tuvo lugar otro contacto a raíz de los hechos consecuentes a la muerte del hermano de Gregorio, Cesáreo. En su lecho de muerte éste había dejado todos sus bienes a los pobres. Pero el legado fue imposibilitado, primero por sus servidores y otras personas de su entorno que se apuraron a llevarse todos los objetos de valor que pudieron conseguir; y luego, al tomar

Gregorio posesión del resto, por el fraude de unos pretendidos acreedores que apelaron a la ley cuando aquél se negó a satisfacerlos. En esta ocasión Basilio secundó su alegato ante el prefecto de Constantinopla, que era de Cesarea y que había conocido a los amigos allí y en Atenas.

Llegamos ahora a la elección de Basilio para el Exarcado de Capadocia, que se debió en buena parte a la intervención de Gregorio y de su padre en su favor. Este hecho, llevado adelante con bastante riesgo de fracasar, por causa del poder civil y de la facción episcopal opuesta a Basilio, fue sin duda en ese momento un motivo de acrecentar el afecto entre los dos amigos, pero pronto habría de ser la ocasión del distanciamiento y enfriamiento de los cuales hablé al comienzo de este capítulo. Gregorio, como dije, tenía un temperamento amable, le atraían el retiro y las ocupaciones literarias, y tendía a cultivar el cristianismo en su aspecto doméstico y social, más que entre las fatigas de las disputas eclesiásticas. También lo que he dicho es suficiente para demostrar que no hay en mí la menor intención de acusar de egoísmo a un santo tan grande como él; y su conducta posterior en Constantinopla ⁸ pone bien de manifiesto lo capaz que era de soportar la persecución y enfrentarla durante las querellas referentes al Evangelio. Así y todo, dichas escenas de conmoción le resultaban verdaderos sufrimientos, sin contar los riesgos personales que de ellas podían resultar. Dejemos que esta carta de Gregorio explique sus sentimientos:

Gregorio a Basilio

“Confieso que estoy encantado de hallarte sentado en el alto trono, y ver la victoria del Espíritu que ha elevado sobre el candelero una luz que ya antes lucía con brillo. ¿Cómo no alegrarme, viendo tan venidos a menos los intereses generales de la Iglesia, y ella tan necesitada de una mano como la tuya para guiarla? No obstante, no me apresuré a allegarme a ti enseguida, ni lo haré; no me lo pidas. En primer lugar no lo hice por delicadeza hacia tu propio carácter, para que no parezca que andas buscando con desverguenza y apuro rodearte de tus partidarios, cosa que podrían insinuar tus objetos; en segundo lugar, no lo hice por mi propia tranquilidad y reputación. Quizás tu dirás: ‘¿Cuándo, pues, vendrás, y hasta cuando será el retardo? Hasta que Dios me lo mande, hasta que las sombras de la oposición y de los celos hayan pasado. Confío en que no puede pasar mucho antes que se alejen los ciegos y cojos que a David le impiden entrar en Jerusalén.’” (*Ep.* 45)

Finalmente Gregorio vino a Cesarea, donde Basilio le testimonió toda clase de afecto y respeto; y como Gregorio no aceptó ningún honor público, por temor a los celos que podría provocar, su amigo lo dejó hacer como quería, sin preocuparse de que lo criticaran por descuidar a Gregorio, tal como éste observa, quienes no estaban al corriente de las circunstancias. Pero Basilio no pudo retenerlo mucho tiempo en la metrópoli, como lo muestra la siguiente carta, escrita con motivo de una acusación de heterodoxia que un monje de Nacianzo lanzó a Basilio y contra la cual Gregorio protestó públicamente y con indignación, aunque a Basilio le requirió que le aclarara personalmente el asunto. Basilio se sintió herido y le contestó en estos términos:

Basilio a Gregorio

⁸ cuando Gregorio fue Patriarca de Constantinopla. (nota de la traductora)

“He recibido la carta de Vuestra Reverencia por intermedio del muy reverendo hermano Hellenius; y lo que en ella has insinuado, él me lo ha dicho en claros términos. Puedes imaginarte cómo me sentí yo al escucharlo. No obstante, puesto que he decidido que el afecto que te tengo vencerá a mi pena, sea cual sea, la he aceptado como debo hacerlo, y rezaré al Espíritu Santo para que los días o las horas que me restan para vivir puedan transcurrir cuidadosamente regidos por esta disposición hacia ti, como ha sido en tiempos pasados, durante los cuales -mi conciencia lo atestigua- no te he faltado en nada, ni pequeño ni grande.”

Tras decir que toda su vida constituía una refutación práctica de la calumnia, y que una breve carta no podría lograr lo que tantos años no habían logrado, e insinuar que jamás debería haberle planteado tal pregunta, y que los que prestan oídos a cuentos contra otros han de ser objeto de cuentos contra ellos, prosigue:

“Yo sé de dónde proviene todo esto, y he empleado todos los medios para impedirlo; pero ahora estoy harto del asunto y no he de mencionarlo más; quiero decir: a nuestro pequeño diferendo. Pues si hubiésemos cumplido la promesa que nos hicimos mutuamente, y si hubiésemos tenido en cuenta los reclamos que con derecho nos hacen las iglesias, habríamos pasado juntos la mayor parte del año, y entonces no habríamos dado lugar a esos calumniadores. Por favor, no les digas nada; y déjate persuadir a venir aquí y a ayudarme en mis tareas, particularmente en mi réplica al individuo que ahora me está asaltando. El solo hecho de tu presencia bastará para detenerlo; tan pronto como les hayas demostrado a esos perturbadores de nuestra patria que, con la bendición de Dios, te colocas al frente de nuestros amigos, quebrarás su cábala y les cerrarás la boca a cuantos hablan deslealmente contra Dios. Y de este modo los hechos mostrarán quiénes son tus aliados en el bien, y quién pone trabas y traiciona con cobardía la palabra de Verdad. Si a pesar de todo, la iglesia es traicionada, por qué no tratar de aclarar mi posición con palabras a quienes habrán de juzgarme, que habrán de dar cuenta de mí sin haber aprendido antes a medirse a sí mismos. Quizás dentro de poco, gracias a Dios, seré capaz de refutar sus calumnias con la verdad de los hechos, pues me parece que pronto he de sufrir más que habitualmente por causa de la verdad. Lo menos que puedo esperar es el destierro. Y si falla mi presunción, después de todo, no está muy lejos el día en que Cristo ha de juzgar en su tribunal.” (*Ep. 71*)

7

La alusión contenida en las últimas frases apunta a los ataques que pronto habrían de sobrevenirle del lado del Emperador Valente. Hemos visto en un capítulo anterior cómo los enfrentó y venció Basilio con su intrepidez; Valente aparentó reconciliarse con él; pero sus celos lo llevaron a tomar una medida que implicaba para Basilio consecuencias peores que cualquier pérdida en el mundo: la pérdida de Gregorio. Para disminuir el poder de Basilio, Valente dividió a Capadocia en dos partes. Esto sucedió unos dos años después de haber sido elevado Basilio al Exarcado. Por lo cual surgió una disputa entre éste y Anthimos, obispo de Tyana. Anthimos pretendía que a la división eclesiástica debía necesariamente seguirle la civil, y que, por lo tanto, él, que poseía la sede principal en la segunda Capadocia, era ahora el legítimo metropolitano de esa provincia. El que tenía razón en este caso era Basilio, pero en contra suya estaba el partido de los obispos que eran secretamente arrianizantes, quienes previamente se habían opuesto a su elección. De modo que Anthimos, contando con poder de su lado, empezó a sacarle monjes a Basilio, para apropiarse de los ingresos de la Iglesia de

Cesarea que quedaba dentro de su jurisdicción, y para expulsar o ganarse a los presbíteros, dando como excusa que no debían otorgarse respeto ni puestos a los heterodoxos.

Gregorio enseguida ofreció ayuda a su amigo, insinuándole al mismo tiempo que algunos de los que lo rodeaban tenían parte de culpa en la disputa. Fue una desgracia para su amistad el que estuviesen respectivamente conectados con partidos contrarios en la Iglesia. Basilio conoció y estimó, e incluso recuperó, a algunos semi-arrianos, quienes disientían de la doctrina católica por exceso de sutileza o por falta de claridad de espíritu, más que por incredulidad. En cuanto a Gregorio, era íntimo de los monjes de Nacianzo, sede de su padre, quienes eran entusiastas partidarios de la fórmula de Nicea que era casi como la insignia del partido. En la última carta citada, Basilio se refiere a estos monjes, y en esta ocasión Gregorio lo puso en guardia contra Eusthatios y sus amigos cuya ortodoxia era sospechosa, y cuya mal disposición contra Anthimos daba lugar a pensar que iba a ensanchar el foso entre éste y Basilio. Cabe notar que ésta era la conexión entre Basilio y Eusthasios a la que aludía Anthimos cuando hablaba contra hacer ofertas a los heterodoxos.

El franco ofrecimiento de ayuda hecho por Gregorio a Basilio parece haber sido no menos francamente aceptado por éste. “Iré, si lo deseas”, había dicho Gregorio, “para aconsejarte, si es que el mar necesita agua y tú un consejero; en todo caso, para sacar provecho y actuar como filósofo soportando malos tratos en tu compañía” (*Ep.47*). En efecto, partieron juntos hacia un distrito del monte Tauro, en la segunda Capadocia, en donde había una propiedad y una iglesia dedicadas a San Orestes, pertenecientes a la sede de Cesarea. Y cuando regresaban con el producto de la granja, fueron asaltados por los partidarios de Anthimos, que les cortaron el paso y atacaron a sus acompañantes. Esta escaramuza entre obispos fue obviamente un gran escándalo en la Iglesia, y Basilio tomó una medida con el objeto de ponerle fin. Aumentó el número de obispados en aquel distrito, pensando que así los residentes podrían asegurar el producto de la propiedad sin disturbios, y sobre todo calmar y ganarse la confianza de los que habían empujado a Anthimos en contra de Basilio. Sasima era una aldea de los alrededores, y decidió poner allí a su amigo Gregorio, estimando sin duda que no podría demostrarle un mayor signo de confianza que encargarle el manejo de la querrela, y conferirle al mismo tiempo un puesto más deseable para su elevado espíritu que ese lugar de riesgo y responsabilidad.

Gregorio ni siquiera había deseado ser sacerdote; y se echó atrás con temor ante el cargo de obispo. Sobre él pesaba aquel sentimiento opresivo de tremenda responsabilidad por el ministerio encomendado, que entonces prevalecía en los espíritus más serios. “Me siento incapaz de este combate”, había dicho durante su ordenación, “y por ello escondí mi rostro, y me mantuve aparte; y busqué sentarme en soledad, lleno de amargura, a fin de guardar silencio, porque estaba convencido de que los días eran malos, a partir del momento en que los amados de Dios habían dado coces contra la verdad y se habían vuelto hijos rebeldes. Y además, está la eterna lucha contra las pasiones, que mi cuerpo de humillación me provoca noche y día, en parte escondido, en parte abiertamente, y el ser sacudido de acá para allá y arrojado al torbellino entre los sentidos y los deleites de la vida, y estar hundido en el barro profundo, porque la ley del pecado lucha contra la ley del Espíritu, tratando de borrar en nosotros la imagen real y todo aquello de que hemos sido investidos por el Sopló divino. Considero imprudente tomar a cargo la cura de almas y constituirse en mediador entre Dios y el hombre, como le corresponde a un sacerdote, antes de haber vencido con todo nuestro poder el principio que nos tira hacia abajo, y de haber purificado a fondo nuestra mente, y de haber adelantado mucho y aproximarnos más a Dios.” (*Or.2*)

Con estos admirables pensamientos se mezclaba la debilidad propia del hombre. Había consentido ser consagrado sólo ante el urgente mandato de su padre; y la reluctancia que experimentó al tomar el ministerio, la transfería ahora frente a ocupar la sede que se le confiaba. Podría parecer presumido de mi parte este arbitraje de los santos y juzgar hasta qué punto acertaba o erraba; pero no es ésta mi intención realmente: lo único que hago es pasar revista a sus conductas externas a lo largo de su desarrollo histórico. Dada esta explicación, digo que un asceta, como Gregorio, no debería haberse quejado del lugar en que estaba su sede, como carente de belleza e interés, aunque sí se permitiese sentir la responsabilidad de una ubicación tan vecina a Anthinos. Tal era, sin embargo, su debilidad, y él repelía la acusación de su conciencia contra sí mismo, achacándole falta de cortesía a Basilio al colocarlo en Sasima. Por otra parte, es muy posible que Basilio, en su ansiedad por asentar con firmeza su exarcado, tuvo poco en cuenta el carácter y los gustos de Gregorio, y sobre todo, el deber que a éste lo ligaba con Nacianzo. He aquí la explicación sobre el asunto, dada por Gregorio en una carta que trasunta mucha cólera, y hasta resentimiento, contra Basilio. Dice:

“Dame paz y quietud sobre todas las cosas. ¿Por qué habría yo de estar luchando por mamones y pájaros, que no son míos, como si se tratara de almas y cánones eclesiásticos? Bien, asume tu rol de hombre, hazte el fuerte, haz redundar todo en tu gloria, tal como los ríos chupan el torrente de la montaña, pensando poco en la amistad y la intimidad, en comparación con altas metas y piedad, y sin pensar lo que el mundo piensa de ti por todo ello, pues eres únicamente propiedad del Espíritu; y yo, por mi parte, sacaré gran beneficio de tu amistad, con no confiar ya en amigos, y no anteponiendo nada a Dios.” (*Ep.48*)

Al comienzo de esta misma carta, lo censura a Basilio por su trono episcopal, que de repente lo colocó más alto que Gregorio. En otra parte lo acusa de ambición y deseo de agrandarse. Basilio parece haberlo acusado, por su parte, de indolencia, lentitud y pobreza de espíritu.

8

Tal fue la penosa crisis de un distanciamiento que ya se estaba preparando desde hacía tiempo. De aquí en adelante, no poseemos ninguna carta entre los amigos; solo un acto de comunicación descubrimos en esta historia. Y verdaderamente, esta excepción resulta muy interesante: Basilio fue a ver a Gregorio a Nacianzo en 374 d.JC, cuando murió su padre. Pero esto no es sino como un fulgor repentino, como para recordarnos esa caridad que ardía aún entre ambos; y que mitigaba apenas la dolorosa catástrofe, desde el punto de vista que presenta la historia. Anthimus nombró a un obispo rival en la sede de Sasima; y Gregorio, renunciando a disputarla, retornó a Nacianzo. Basilio trabajó solo. Gregorio mantuvo su sentimiento de aquella indelicadeza por parte de Basilio, aún después de su muerte; aunque no por esto dejaba de admirarlo ni reverenciarlo: y más aún que antes, atribuyendo su conducta a su sentido del deber. En su oración fúnebre, tras ponderarlo por haber creado nuevas sedes, dice:

“Con esta disposición hube de mezclarme yo accidentalmente. No me siento obligado a edulcorar mis frases. Por más que admiro tanto cuanto hizo, y más de lo que puedo expresar, así y todo hay una cosa que no puedo aprobar –pues confieso mi sentimiento, que de alguna manera ya conoce el mundo- : su inacostumbrada conducta inamistosa hacia mí, cuya pena no ha conseguido remover el tiempo. Pues a ella le atribuyo toda la

irregularidad y confusión de mi vida, y el no ser capaz, al menos en apariencia, de comandar mis sentimientos, aunque esto último sea irrelevante. A menos que, en verdad, se me permita excusar a Basilio declarando que tenía en vistas fines trascendentes al mundo, y que, habiendo partido de éste aún antes de que acabase su vida, él encaraba todo según la perspectiva del Espíritu; y aunque sabía cómo reverenciar la amistad, solamente la descuidaba cuando era su deber preferirlo a Dios, y ocuparse más de las cosas que esperamos que de las cosas efímeras.” (*Orat.43*)

Estos hechos lamentables sucedieron a los dos años de haberse hecho cargo Basilio del episcopado, y ocho o nueve años antes de su muerte. Antes y después pasó por muchas pruebas, muchas penas: pero esta pérdida de Gregorio fue probablemente la mayor de todas.

(Traducción de Inés de Cassagne)